Globethics Repository



Pensamiento único y resignación política [Single thought and political resignation]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Boron, Atilio A.
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-02 13:32:02
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219208

Pensamiento único y resignación política

Los límites de una falsa coartada

ATILIO A. BORON

Icono neoliberal, los verdaderos alcances de la «globalización» en América Latina podrían ser mucho más modestos de lo que se pretende hacer creer a la opinión pública. Ante las tendencias supuestamente avasallantes de la globalización existe un considerable repertorio de respuestas nacionales que no necesariamente conduce a la liquidación de los aparatos estatales. Al contrario, los avances globalizantes de la economía capitalista han sido en gran parte consecuencia de políticas públicas de los países centrales, hegemonizadas por el capital financiero. La raíz del problema no se encuentra por lo tanto en la globalización, sino en la respuesta que los gobiernos latinoamericanos están dando ante los desafíos que plantea.

Un argumento favorito de los ideólogos y funcionarios gubernamentales en América Latina es que la novedad sin precedentes de la globalización ha puesto punto final a los viejos paradigmas y modelos de políticas públicas y a las tradicionales formas de concebir la articulación entre Estado, mercado y sociedad. Sin embargo, una mirada cuidadosa al proceso histórico demuestra que la globalización está lejos de ser una novedad. Tal como lo plantean Samir Amin, Paul Bairoch, Aldo Ferrer e Immanuel Wallerstein entre otros, este proceso es tan antiguo como el capitalismo: casi cinco siglos. (Amin 1997b, pp. 2-6; Bairoch; Ferrer, pp. 22-26; Wallerstein, p. 67.)

Globalización: realidad y ficción

En este sentido, más allá de las controversias que pudiera suscitar la interpretación que Marx y Engels hicieran sobre el curso del desarrollo capitalis-

ATILIO A. BORON: secretario ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales- Clacso, Buenos Aires; profesor titular de Teoría Política y Social I y II, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Palabras clave: teoría económica, capitalismo, globalización, neoliberalismo, América Latina.

ta hasta mediados del siglo pasado, el mundo de hoy se parece mucho más al que anticiparan en el *Manifiesto* que al que predecían Adam Smith y David Ricardo –con el atenuante de su mayor distanciamiento en relación con nuestra época– o al que pronosticaron teóricos de la economía burguesa contemporáneos o posteriores a Marx, como Marshall, Walras o Jevons. ¿Qué significa todo esto? Que la retórica de la globalización distorsiona severamente los hechos al presentar lo que es una tendencia intrínseca y secular del modo de producción capitalista como si fuera un momentáneo e inesperado resultado. La manipulación ideológica a la que se presta el concepto de globalización es de tal naturaleza que conduce a las víctimas a creer que sus efectos y consecuencias son obra de ciegas fuerzas impersonales, la mera «secreción natural» de un orden económico global en donde no existen estructuras, clases, intereses económico-corporativos ni asimetrías de poder que cristalicen en relaciones de dependencia entre las naciones (Gómez). De esta manera, a partir de un falso realismo se clausura la capacidad de pensar políticas alternativas y de «ver» las perniciosas consecuencias económicas, sociales y políticas de aquellas que se están implementando.

Globalización: lo viejo y lo nuevo

Como anticipáramos, en el discurso neoliberal predominante sobre la globalización hay mucho más de fantasía apologética que de análisis sobrio y objetivo de los «capitalismos realmente existentes», por lo tanto, es necesario distinguir mitos de realidades. Tal como sostiene uno de los más importantes estudiosos del tema, Paul Hirst, lo que caracteriza a la economía contemporánea es el ingreso en una nueva y acelerada fase de crecimiento de las tendencias globalizantes de la economía. Este autor identifica tres grandes etapas en dicho proceso: la primera coincide con la *belle époque*, entre 1870 y 1914; la segunda comprendió el *boom* de la posguerra hasta la crisis del petróleo a mediados de los años 70; y finalmente la tercera se inicia con la reorganización económica resultante de la crisis del keynesianismo que produjo un clima de exacerbación ideológica signado por lo que acertadamente Raúl Prebisch denominara «el retorno de la ortodoxia». Ahora bien, el reconocimiento de las antiguas raíces de la globalización capitalista (o, en otras palabras, de todo lo «viejo» que aparece hoy en día disfrazado como una novedad absoluta) no implica desconocer la existencia de tres nuevos desarrollos que le han dado a la fase actual un dinamismo extraordinario:

a) Por un lado, una vertiginosa mundialización de los flujos financieros, cuyo crecimiento ha sido muy superior al del producto y el comercio mundiales, o al también espectacular crecimiento de las inversiones extranjeras. Esta patológica «hipertrofia» de las finanzas internacionales tuvo una evolución extraordinaria a partir de la crisis del petróleo, y muy particularmente del triunfo del proyecto neoliberal de desregulación y liberalización de la esfera financiera. El torrente financiero internacional ha crecido a un ritmo exponencial tal que alarma a los capitalistas más lúcidos, como George Soros, preocupados no solo por la ganancia del presente sino fundamentalmente

por la estabilidad a largo plazo del sistema y el lucro del mañana. Si en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial el volumen de las transacciones financieras internacionales representaba unas cinco veces el tamaño del comercio mundial, en la actualidad la proporción estimada es de aproximadamente quinientos a uno. Según Colin Leys, la suma diaria que circula por los mercados financieros internacionales es de 1,2 billones de dólares (1.200.000 millones), cifra que en poco más de una semana iguala al producto bruto de Estados Unidos, la mayor economía del mundo, y superior a las reservas atesoradas por todos los bancos centrales del planeta. En apenas seis horas estos mercados transan una cifra equivalente al PBI de la Argentina, en siete horas la de México, en ocho la del Brasil. En este punto es insoslayable referir que las más diversas corrientes teóricas parecieran coincidir en un hecho: existe una muy débil relación entre los movimientos financieros y los de la economía real. Peter Drucker, un autor insospechado de simpatías socializantes, observaba recientemente que la extraordinaria movilidad del capital especulativo se deriva del hecho de que «no cumple ninguna función económica ni financia nada». Por eso mismo no obedece a ninguna lógica económica o racionalidad de ningún tipo. «Es volátil y cae fácilmente en pánico a causa de rumores o acontecimientos inesperados» (p. 162). De ahí el nombre que se le ha dado a la actual fase de la economía internacional, «capitalismo de casino», una actualización de la vieja caracterización leninista del «capitalismo parasitario» en tiempos de la Primera Guerra Mundial y que fuera ratificada poco tiempo atrás por Alan Greenspan al denunciar «la irracional exhuberancia de los mercados». En su triunfo, el neoliberalismo transmutó la vieja obsesión keynesiana de practicar la «eutanasia del rentista» en la aniquilación del productor.

b) El segundo elemento novedoso de la actual fase de la globalización capitalista lo constituye la cobertura geográfica sin precedentes que ha alcanzado este proceso. Una somera inspección de los datos históricos revelaría que el «mundo capitalista» de fines del siglo pasado era mucho más acotado y circunscripto que el de nuestros días: el Atlántico Norte, Europa occidental, las regiones litorales de América Latina y el Caribe, y algunos enclaves aislados de Asia y Africa. En la actualidad, el espacio capitalista ha alcanzado dimensiones planetarias, y sus leyes de movimiento se imponen aun en países como China, Cuba y Vietnam, incapaces de ponerse a cubierto de la feroz lógica mercantil que rige la marcha de la economía mundial. El «segundo mundo» ha desaparecido y las atrocidades del Khmer Rojo o la autarquía albanesa aparecen como una perversa imagen especular del precio que habría que pagar ante cualquier tentativa de desvincularse de los mercados mundiales.

c) La tercera novedad de la fase actual de la globalización es la extraordinaria universalización de las imágenes y mensajes audiovisuales que algunos autores han optado por denominar como «macdonaldización», en referencia a la imposición o consentida adopción de valores, estilos culturales, iconos e imágenes proyectadas a nivel planetario a partir de la singularidad de la ex-

periencia norteamericana y de un modelo de consumo completamente estandarizado, descontextualizado, fetichistamente igualitario, barato y de baja calidad, cuya representación paradigmática está dada por la cadena de ventas de hamburguesas (Castellina; Featherstone). La legislación antimonopólica no encuentra contrapartidas cuando se trata de los medios de comunicación de masas: las «megafusiones» que tuvieron lugar en EEUU en 1995 (Time-Warner y la CNN por un lado; la ABC y Disney por el otro) son una prueba vociferante de lo que venimos diciendo (Ramonet, p. 119). Si a ello añadimos lo que Pierre Bourdieu denomina la «censura invisible», la técnica del «ocultar mostrando» y la inercia sistémica del «campo periodístico» en favor del conformismo y la pasividad, completamos un cuadro en el cual las clases dominantes a nivel internacional tropiezan con pocos obstáculos a la hora de «manufacturar un consenso», para utilizar la feliz expresión de Noam Chomsky. Se destinan recursos multimillonarios y toda la tecnología masmediática de nuestro tiempo a los efectos de producir un duradero lavado colectivo de cerebros que permita la aplicación aceitada de –y la conformidad popular ante– las políticas promovidas por los grandes beneficiarios del orden neoliberal (Bourdieu, pp. 19-29).

Contratendencias

No basta con denunciar los excesos mistificadores de la retórica celebratoria de la globalización. Una evaluación sobria requiere observar los datos objetivos que exhiben los «capitalismos realmente existentes». Al efectuar esta sencilla operación se comprueba que los alcances reales de la «globalización» son mucho más modestos de lo que se pretende hacer creer a la opinión pública[1]. Aldo Ferrer apela a la sensatez cuando exhorta a recordar otros antecedentes fundamentales y a extraer de ellos sus consecuencias lógicas: más del 80% del producto mundial se destina a los mercados internos, y en consecuencia las exportaciones globales representan en conjunto algo menos del 20% de la producción mundial. Y si en lugar de los productos hablamos de los productores, entonces encontramos que 9 de cada 10 personas trabajan para los mercados de sus respectivos países. El tan publicitado «crecimiento vía exportaciones» (*export led growth*), que los ideólogos neoliberales promueven persistentemente, ignora un dato crucial de las economías desarrolladas: que en éstas el motor principal del crecimiento se encuentra en la satisfacción de la demanda originada en el dinamismo del mercado interno. Al contrario de lo que opinan los expertos del FMI y el BM, y a lo que hacen los gobiernos de América Latina, no existe ni un solo caso en la historia económica internacional que demuestre que el desarrollo haya sido alcanzado mediante la perversa combinación de auge exportador y mercados internos deprimidos, desempleo de masas y bajos salarios. La distancia que separa el discurso hegemónico de la globalización de la realidad –que no desinteresadamente repiten de forma machacona funcionarios, economistas satisfechos,

1. Hemos abordado algunos de estos aspectos en «Réquiem para el neoliberalismo» en *Periferias* año 2 Nº 3, Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, Buenos Aires, 1997.

y gran parte de los «medios de desinformación de masas»– de la realidad es muy grande (p. 20). Es por eso que al examinar las cifras relativas a la «apertura comercial» se comprueba, no sin sorpresa, que entre 1913 y 1993 las economías de Francia, Japón, Holanda y el Reino Unido, lejos de haberse «abierto más» desde el punto de vista del comercio exterior, hicieron exactamente lo contrario: acentuar la importancia de sus respectivos mercados internos. El siguiente cuadro lo sintetiza con elocuencia:

Cuadro 1

Proporción del total del intercambio comercial (importaciones más exportaciones) sobre el PIB de países seleccionados

	1913	1993
Francia	35,4	32,4
Alemania	35,1	38,3
Japón	31,4	14,4
Holanda	103,6	84,5
Reino Unido	44,7	40,5
Estados Unidos	11,2	16,8

Fuente: Thompson, p. 163.

Sólo Alemania y EEUU avanzaron en la dirección de «abrir» cautelosamente sus economías a los flujos comerciales internacionales, mientras Japón, el éxito económico más significativo del siglo XX, hizo exactamente lo contrario, cerrando la suya en una proporción por encima del 50%. Tal como señalara Noam Chomsky en varios de sus escritos, tanto EEUU como el Reino Unido solo comenzaron a predicar las ideas neoliberales una vez que la ventaja competitiva alcanzada, luego de 150 años de políticas férreamente proteccionistas, se tornara inalcanzable para la abrumadora mayoría de los países. Otros aspectos de las relaciones económicas internacionales corroboran las conclusiones: solo en el Reino Unido, los activos y los pasivos externos de los bancos comerciales alcanzan una cifra cercana al 50% del total, y esto una vez más debido al peculiarísimo papel internacional desempeñado por la *City*. No puede dejar de recordarse que Londres es la plaza financiera más antigua, y que si bien el volumen de negocios transados en Tokio es superior, no ocurre lo mismo a la hora de evaluar la variedad y sofisticación de sus instrumentos de colocación (Chesnais, p. 258). En Francia, en cambio, la proporción de activos y pasivos externos desciende abruptamente hasta cerca de un 30%, llegando a casi un 15% en el caso de Alemania, un 10% para el Japón, y menos aún para EEUU. ¿Hasta qué punto pues se encuentra «globalizado» el sistema financiero de los países desarrollados? Pareciera que no en un grado demasiado significativo. Lo mismo cabe decir en relación con los fondos de pensión, que continúan siendo fenómenos económicos bastante poco expuestos a las vicisitudes de la «globalización». En Alemania solo un 3% de los mismos se hallan invertidos en el exterior, proporción que sube al 4% en EEUU,

al 5% en Francia, al 9% en Canadá, al 14% en Japón, y al 27% en el Reino Unido, por las razones arriba mencionadas. Como si lo anterior fuera poco, prácticamente no existen extranjeros en los directorios de las grandes empresas que manejan los fondos de pensión aludidos (Thompson, pp. 164-165). Por último, una rápida inspección de los datos comparativos sobre el gasto público reduce a una piadosa mentira la famosa consigna de producir el *roll back* del presupuesto público para regresarlo a las viejas épocas prekeynesianas.

Estos datos demuestran cómo en los «capitalismos realmente existentes» el tamaño del Estado, medido por la proporción del gasto público total en relación con el PBI, no cesó de crecer. Lo que ocurrió en la década de los 80 fue una desaceleración en el ritmo de crecimiento del gasto público, y no, como aún pregonan los economistas del «establishment» financiero internacional, un radical desplome del mismo al estilo de lo que hemos venido padeciendo en América Latina (Boron 1997a, pp. 186-188 y 224-228). Una cosa es crecer más lentamente respecto de los extraordinarios índices de la posguerra y otra muy distinta que se produzca una reducción del tamaño del Estado. En síntesis, una mirada sobria a datos recientes producidos por el FMI, el BM o la OCDE (Organización para el Comercio y el Desarrollo Económico), revelaría que desde la década de los 80 la abrumadora mayoría de los Estados del Primer Mundo vio aumentar la participación del gasto público sobre el PBI, incrementar sus ingresos tributarios, acrecentar el déficit fiscal y la deuda pública, e inclusive, en no pocos casos, el empleo en el Gobierno. Al comenzar la década de los 90 la proporción de empleados públicos sobre el total de la población era del orden del 8,3% en Alemania, 9,7 en Francia, 8,5 en el Reino Unido, y 7,2 en EEUU, en contraposición a cifras cercanas al 3,5% para Brasil, 2,8 en Chile, y una cifra similar para la Argentina luego de la «reforma del Estado» puesta en práctica por el Gobierno de Menem, eufemismo para aludir a una salvaje política de despidos masivos financiada por el BM con

Cuadro 2

Gastos totales de los gobiernos, 1970-1995
(como % del PIB a precios de mercado)

	1970	1980	1990	1995
Austria	39,2	48,8	49,3	52,7
Francia	38,9	46,6	50,5	54,1
Alemania Occidental	38,5	48,0	45,3	49,1*
Italia	34,2	41,9	53,2	53,5
Japón	19,4	32,6	32,3	34,9
Suecia	43,7	61,2	60,7	69,4
Reino Unido	37,3	43,2	40,3	42,5
Estados Unidos	31,6	33,7	36,7	36,1

* Corresponde a la Alemania unificada

Fuente: Thompson, p. 167.

préstamos encaminados a recargar aún más el peso de la deuda externa (Calcagno/Calcagno, pp. 29-31). El problema de las economías latinoamericanas no radica en el tamaño de sus Estados o en la magnitud de su gasto público, sino precisamente en lo que, por comparación con las economías desarrolladas se revela como la raquítica constitución de los primeros y la crónica insuficiencia y debilidad del segundo.

Finalmente, quisiéramos concluir esta sección discutiendo otro elemento que fluye a contracorriente de las concepciones de uso común sobre la globalización: la creencia de que los principales actores de la escena económica global, las «mega-corporaciones» se han independizado de cualquier «base nacional». ¿Cómo reconciliar esta leyenda con las informaciones empíricas de nuestros días? Baste solo un ejemplo, Chomsky cita una encuesta efectuada por la revista *Fortune*, en donde las cien principales firmas trasnacionales del mundo, sin excepción, declararon haberse beneficiado de una manera u otra con las intervenciones que realizaron en su favor los gobiernos de «sus países», y un 20% reconoció haber sido rescatado de la bancarrota gracias a subsidios y préstamos de diverso tipo concedidos por los gobernantes. Dados estos antecedentes, ¿qué sentido tiene seguir hablando de «empresas trasnacionales» o «globales», o de la erosión y disolución de los «Estados nacionales»? (Chomsky; Kapstein). Sintetizando, la globalización existe como tendencia, pero sus efectos son «heterogéneos y desiguales», variando considerablemente según países, regiones y ramas de actividad económica. Sin embargo, sus dimensiones reales son mucho menores de lo que nos quiere hacer creer la interpretación neoliberal dominante y existen poderosas contratendencias que sería equivocado subestimar.

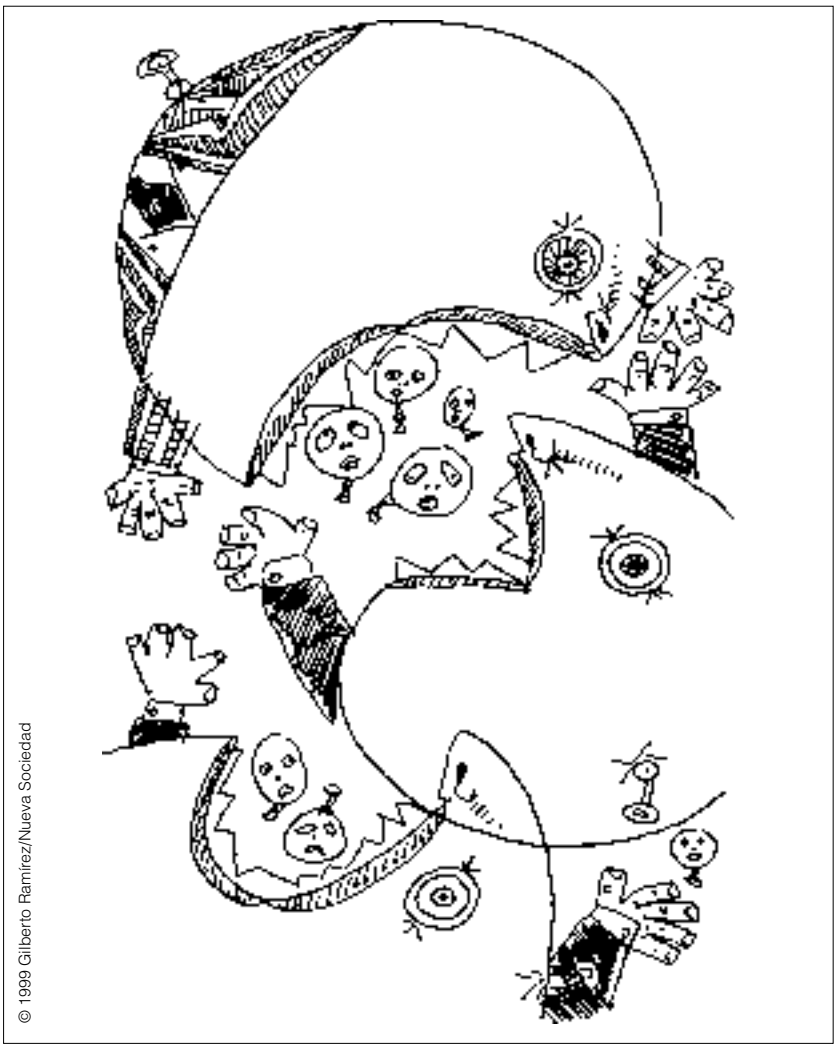
La economía neoclásica y el nuevo «fundamentalismo de mercado»

Uno de los síntomas más claros de la crisis terminal de la economía neoclásica es el fanatismo de sus cultores. Teóricos que han construido su reputación mundial oponiéndose en nombre de la libertad al supuesto «determinismo» del pensamiento marxista, ahora predican con insólito fervor la inexistencia de alternativas. El principal propagandista del «pensamiento único» en el *New York Times*, lo dice con la tosquedad característica de la derecha norteamericana: «Hoy, solo hay vainilla de mercado libre o Corea del Norte... El mercado libre es la única alternativa ideológica que queda. Una sola vía, diferentes velocidades. Pero una sola vía» (Friedman, p. 25). Son muchos quienes en el pasado acusaron a los economistas liberales de «endiosar» a los mercados, a la vez que sin pudor alguno procedían a satanizar al Estado. Sin embargo, podría decirse, parafraseando a Emile Durkheim, que aquellas –las de Smith y Ricardo– eran formas elementales y comparativamente inofensivas de la vida religiosa. El culto a la globalización neoliberal, en cambio, mata. Muchos pagaron con sus vidas los desaciertos y los mitos de la economía neoclásica y la política económica por ella inspirada en América Latina, la ex-Unión Soviética y los países del Este europeo. Según un informe oficial, en la Argentina mueren 15.000 niños de entre 5 y 15 años de edad

por causa de enfermedades fácilmente curables si el Estado dispusiera de un presupuesto adecuado para salud pública (Secretaría de Programación Económica, p. 18). De acuerdo a lo divulgado en un reciente informe de la Unicef, en la Rusia de Boris Yeltsin la esperanza de vida de los varones se redujo en poco más de seis años entre 1989 y 1994 (p. 27). En México, luego de 15 años de políticas neoliberales, la estatura promedio de una muestra nacional de adolescentes mexicanos disminuyó en casi dos centímetros, un repugnante «milagro económico» de la economía de libre mercado (Laurell, p. 7). Pese a la contundencia de estos datos, Jeffrey Sachs sostiene que «todavía no hay un consenso acerca de los efectos de la economía globalizada sobre la distribución del ingreso dentro de los mercados avanzados y emergentes» (p. 107).

Ahora bien: ¿qué grado de seriedad tienen estos argumentos? Ninguna. John K. Galbraith, uno de los más importantes economistas de este siglo en una entrevista concedida al *Corriere della Sera* y reproducida por *Folha de Sao Paulo*, sostuvo que: «la globalización ... no es un concepto serio. Nosotros, los americanos, lo inventamos para disimular nuestra política de penetración económica en otros países» (pp. 2-13). El determinismo neoliberal persigue, como coincidentemente lo recuerda Amin, legitimar las estrategias del capital imperialista dominante. «La forma de la mundialización –añade– depende en definitiva y como todo lo demás de la lucha de clases» (1997b). Las mistificaciones no son entonces inocentes sino que contribuyen a desresponsabilizar a los gobiernos neoliberales y a las grandes megacorporaciones trasnacionales de las nefastas consecuencias de sus políticas. El aumento del desempleo, la caída de los salarios reales, la concentración del capital, el derrumbe de los sistemas de salud y educación pública, son atribuibles a una conveniente nebulosa denominada globalización. Y como dice Hayek, si no hay nadie a quien atribuir responsabilidades tampoco tiene sentido hablar de justicia o injusticia: quién dice que un terremoto o una inundación son injustos, asegura, si nadie es responsable de su ocurrencia. Lo mismo sucede con los mercados.

Pero entonces, ¿cómo entender que en un mundo así «globalizado» y unificado los japoneses hayan tenido, hasta antes de su crisis y por un extenso periodo histórico, una tasa de desempleo del 3% y los argentinos una que oscila entre el 15 y el 18%?; ¿por qué Alemania puede tener un mercado laboral muy regulado y ser competitiva mientras se aduce que Brasil «no es competitivo» por la supuesta rigidez de su mercado laboral?; ¿por qué los países «reformados» de América Latina saludan el advenimiento de la globalización liquidando sus sistemas estatales de seguridad social, mientras que un país como Singapur, muchísimo más integrado a los flujos del capitalismo globalizado que cualquiera de nuestra región, ha mantenido hasta la fecha un sistema estatal de seguridad social? Esto es así porque en realidad el impacto de la «globalización» está siempre mediado por las políticas públicas y la conducta de los gobiernos. Como bien lo observa José M. Gómez, los datos reales sobre el funcionamiento de la economía capitalista invalidan cualquier pretensión de «extraer conclusiones simplistas y, al límite, peligrosas



del tipo 'fin del Estado', o sobre la indiferenciación de situaciones nacionales o la superación de la idea de economía y proyecto nacional» (p. 22). En consecuencia, la noción de la desaparición de los Estados nacionales, o su incurable «impotencia» ante la fuerza arrolladora de la globalización, es un mito comparable a aquel que predica la evaporación de la geografía y el eclipse de los mercados nacionales. No respondió de la misma manera Corea del Sur, cuyo formidable desarrollo se dio en el marco de un sistemático aumento de los salarios reales en los últimos 20 años, que Argentina o Brasil, donde éstos se desmoronaron a partir de los 80. Más allá de sus dificultades actuales, ocasionadas en gran parte por la furia especulativa de los mercados y por la necesidad de «ajustar cuentas» con uno de los paladines de un modelo de desarrollo capitalista que se aleja significativamente de los preceptos del neo-

liberalismo, lo cierto es que Corea del Sur fue el único país que en el último medio siglo fue capaz de traspasar las fronteras que separan al subdesarrollo del desarrollo. Al revés de lo que aconteciera en América Latina, en Corea las ideas neoliberales siempre fueron consideradas como extravagancias ideológicas poco conducentes al buen manejo de la cosa pública. En suma, la experiencia demuestra que ante las tendencias supuestamente avasallantes de la «globalización» existe un considerable repertorio de respuestas nacionales que no necesariamente conduce al «dúmping social» o a las políticas antiobreras. Su impacto, que es indiscutible, siempre se encuentra mediado por las políticas públicas, el desempeño gubernamental, la acción de los grandes conglomerados económicos y la fuerza de los partidos y sindicatos, en una palabra, el activismo y la capacidad de movilización de la sociedad civil.

La globalización como «etapa superior» del imperialismo

A finales del siglo XX, las tendencias y contradicciones de la economía capitalista internacional podrían sintetizarse, parafraseando a la clásica formulación leninista, diciendo que la globalización constituiría una nueva «fase superior» –y por ende más altamente evolucionada, penetrante, y abarcativa– del imperialismo, dotado ahora de inéditos poderes de desestructuración y reestructuración regresiva tanto de las arcaicas como de las más modernas formaciones sociales del capitalismo internacional. Sobradas evidencias comprueban que el predominio indiscutido de los monopolios apuntado por el revolucionario ruso en los años de la Primera Guerra Mundial, lejos de haberse agotado, se acentuó considerablemente, facilitado en gran parte por los nuevos desarrollos tecnológicos de nuestra época. En ese sentido, solo de manera metafórica podríamos hablar de una nueva «fase», dado que el antecedente fundamental del tránsito de la libre competencia al imperialismo, a saber, la hegemonía de los monopolios, no solo ha permanecido incólume sino que se ha acentuado extraordinariamente en la etapa actual. Tremenda paradoja: la realidad muestra que las economías latinoamericanas –y el caso argentino es un ejemplo notable– se encuentran mucho más sometidas a los dictados de las grandes empresas trasnacionales, la banca internacional y los gobiernos extranjeros que en la década de los 60, cuando florecía la literatura sobre la dependencia. Sin embargo, como foco de un debate teórico-ideológico, el tema casi ha desaparecido.

Dos de los mayores estudiosos de la economía global, Paul Hirst y Grahame Thompson, han planteado la necesidad de distinguir cuidadosamente entre dos modelos de organización de la economía mundial: uno, la «economía internacional», y el otro, la «economía global». La primera es aquella en la cual los principales actores son las economías nacionales. La segunda se caracteriza por el hecho de que en ella las distintas economías nacionales se encuentran subsumidas y rearticuladas en un sistema de procesos y transacciones internacionales (pp. 7-13). La conclusión a la que llegan ambos autores luego de un medular estudio es que la economía mundial se encuentra aún muy lejos de ser una economía global. Según ellos, los teóricos de la

globalización han sido incapaces de demostrar que las fuerzas y los agentes supranacionales desempeñan un papel decisivo en la dinámica de la economía mundial. Se soslaya asimismo que en el pasado se registraron otros episodios de acelerada internacionalización de la economía, y que de ninguna manera resultaron en la imposición de una dinámica global al sistema; que las corporaciones trasnacionales son relativamente pocas y que las realmente exitosas operan desde –y con la protección de– una base nacional en la cual se encuentran sólidamente arraigadas y protegidas; y por último, que las perspectivas de avanzar en la regulación de la economía mundial por la vía de la cooperación internacional, la formación de bloques comerciales y el desarrollo de nuevas estrategias nacionales que toman en cuenta la internacionalización, no están de ninguna manera agotadas. La conformación de la Unión Europea y la creciente coordinación de políticas macroeconómicas entre Europa, EEUU y Japón, son otras tantas pruebas que demuestran que la hora de una economía genuinamente «global» aún no ha llegado (pp. 195-196). Este diagnóstico es, en líneas generales, congruente con el elaborado por Linda Weiss cuando en sus análisis sobre la reestructuración industrial demuestra que «lejos de ser sus víctimas, los Estados 'fuertes' deben más bien ser considerados como facilitadores (o a veces, quizás, 'perpetradores') de la globalización» (p. 20). Los avances en la globalización de la economía capitalista han sido en gran parte consecuencia de políticas estatales que respondían a los intereses de las coaliciones dominantes de los países centrales, hegemonizadas por el capital financiero. La desaforada desregulación y liberalización de las finanzas internacionales no fue un resultado «neutro», dependiente de los desarrollos tecnológicos y comunicacionales, sino la consecuencia directa del auge de los gobiernos neoliberales y de las políticas por ellos adoptadas en favor de las fracciones hegemónicas del capital. Como lo demuestra concluyentemente Weiss, la expansión internacional del capital financiero, industrial y comercial de Japón, Corea, Singapur, Taiwán, EEUU y Europa, lejos de ser un fenómeno microeconómico originado en el seno de las empresas, respondió a una estrategia política tendiente a reposicionar a estos países en el cambiante escenario económico internacional, y contó para estos efectos con toda la colaboración de los distintos órganos gubernamentales, desde el MITI en Japón hasta el Departamento de Estado en EEUU (Weiss, p. 23). La idea tan cara al ideario neoliberal de la «desaparición» del Estado-nación o de su creciente irrelevancia, carece de asidero empírico serio.

Las enseñanzas de la historia son, una vez más, aleccionadoras: en las fases anteriores de aceleración de la internacionalización de la economía, sobre todo en el periodo 1870-1914, llama la atención la ausencia de un discurso que a partir de tales procesos pronosticara, como escuchamos hoy día, la obsolescencia del Estado. Por el contrario, muchos de los modernos Estados nacionales fueron precisamente organizados o considerablemente robustecidos en esa época, como Alemania, Japón y EEUU. Otros, como el Reino Unido o la misma Alemania, establecieron en esos mismos años los cimientos del *welfare state*. Como bien observa Hirst, para ese momento nadie advertía la

existencia de una contradicción entre la acelerada internacionalización de los procesos económicos y la expansión del sector público y el gasto social, algo que en la actualidad constituye un artículo de fe para los neoliberales (p. 105). Esta conclusión es avalada en un trabajo realizado por Geoffrey Garrett, en el que se demuestra que no solo los argumentos actuales sobre la globalización no son nuevos en absoluto, sino que los dos periodos anteriores de acelerada globalización (finales del siglo XIX y la década del 70 de este siglo) coincidieron con la construcción de los Estados nacionales y la fuerte expansión del activismo estatal en materia económica. Garrett también comprueba que, contrariamente al discurso dominante, no existe evidencia alguna que permita sostener que la globalización ha impulsado en la OCDE una carrera hacia estándares neoliberales de formulación de políticas económicas, como apertura indiscriminada, flexibilización laboral, o liberalización financiera. Quienes persistieron en su fidelidad al legado keynesiano (obviamente *aggiornado*) y a las políticas intervencionistas, no fueron más afectados por la fuga de capitales que los gobiernos, como por ejemplo el británico, que abrazaron con ardiente pasión el credo neoliberal. En palabras del autor:

> si un gobierno desea ... expandir la economía pública puede hacerlo (incluso puede aumentar los impuestos al capital para solventar los nuevos gastos) sin que ello afecte su competitividad comercial o estimule a los productores multinacionales a abandonar el país (p. 919).

Por consiguiente, como lo demuestra la experiencia de los países desarrollados, la efectividad del chantaje de las fuerzas del mercado tiene directa relación con la complacencia gubernamental. La raíz del problema no se encuentra por lo tanto en la globalización, sino en la respuesta que los gobiernos latinoamericanos están dando ante los desafíos que ésta plantea. Una respuesta dogmática y fundamentalista que busca legitimar una política de penetración y conquista de mercados por parte de las mega-corporaciones internacionales, penetración y conquista para las cuales se requiere de la entusiasta cooperación de los gobiernos anfitriones. Una complacencia gubernamental que avala, por sus actos tanto como por sus múltiples deserciones y el abandono de sus indelegables responsabilidades, el apocalíptico proyecto de reestructuración regresiva del capitalismo motorizado por el gran capital financiero internacional. Este proyecto, en caso de triunfar, no solo produciría un holocausto social a escala planetaria de proporciones incalculables –un universo de varios miles de millones condenados a condiciones infrahumanas de existencia, presionando cada vez con más fuerza sobre los dispositivos de seguridad de la minoría rica del planeta– sino que, además, afectaría irreparablemente la sustentabilidad ecológica de la vida en nuestro planeta.

Bibliografía

Amin, Samir: *Capitalism in the Age of Globalization*, Zed Books, London-Nueva Jersey, 1997a.
Amin, Samir: *Capitalisme, imperialisme, mondialization*, presentado al seminario sobre «El

neoliberalismo y las alternativas de la izquierda europea», University of Amsterdam, Amsterdam, 1997b, mimeo.
Bairoch, Paul: *The Main Economic Aspects of Globalization in a Historical Perspective: Myths and Realities*, presentado al seminario sobre «Globalizaciones: dimensiones, trayectorias y perspectivas», Scasss, Estocolmo, 22-25/10/1998.
Boron, Atilio A.: *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, Oficina de Publicaciones del CBC, Buenos Aires, 1997a.
Boron, Atilio A.: «La sociedad civil después del diluvio neoliberal» en Emir Sader y Pablo Gentili (comps.): *La trama del neoliberalismo*, Oficina de Publicaciones del CBC, Buenos Aires, 1997b.
Bourdieu, Pierre: *Sobre la televisión*, Anagrama, Barcelona, 1997.
Calcagno, Alfredo Eric y Alfredo Fernando Calcagno: *El universo neoliberal. Recuento de sus lugares comunes*, Alianza, Madrid/Buenos Aires, 1995.
Castellina, Luciana: «La cultura macdonaldizada» en *Página / 12*, Buenos Aires, 1/6/97.
Chesnais, François: *A Mundialização do Capital*, Xamá Editora, San Pablo, 1996.
Chomsky, Noam: *Noam Chomsky habla de América Latina*, Editorial 21, Buenos Aires, 1998.
Chomsky, Noam y Heinz Dieterich: *La sociedad global*, CBC/Liberarte, Buenos Aires, 1996.
Drucker, Peter: «The Changed World Economy» en *Foreign Affairs* vol. 64 Nº 4, 1986.
Drucker, P.: «The Global Economy and the Nation-State» en *Foreign Affairs* 76/5, 1997.
Featherstone, M.: «A globalização da complexidade. Pósmodernismo e cultura de consumo» en *Revista Brasileira de Ciencias Sociais* Nº 32, San Pablo, 1996.
Ferrer, Aldo: *Hechos y ficciones de la globalización*, Academia Nacional de Ciencias Económicas, Buenos Aires, 1997.
Friedman, Thomas L.: «La Guerra Fría era como el sumo» en *Página / 12*, Buenos Aires, 4/4/99, pp. 24-25.
Galbraith, John K.: «Entrevista a John Kenneth Galbraith» en *Folha de São Paulo*, San Pablo, 2/11/97.
Garrett, Geoffrey: «Mercados globales y política nacional: ¿colisión inevitable o círculo virtuoso?» en *Desarrollo Económico* vol. 38 Nº 152, Buenos Aires, 1-3/1998.
Gómez, José María: «Globalização da política. Mitos, realidades e dilemas» en *Praia Bermelha* vol. I Nº 1, Río de Janeiro, 1997.
Hirst, Paul: «Globalização: mito ou realidade?» en José Luis Fiori et al.: *Globalização: o fato e o mito*, Eduerj, Río de Janeiro, 1998.
Hirst, Paul y Grahame Thompson: *Globalization in Question*, Polity Press, Cambridge, 1996.
Kapstein, Ethan: «We Are Us: The Myth of the Multinational» en *The National Interest*, invierno 1991-1992.
Laurell, Asa Cristina: *Social Policy Issues in Latin America*, presentado para la Conferencia sobre «Globalizations and Modernities: Experiences and Perspectives in Europe and Latin America», organizado por Clacso/Scasss/Fural, Buenos Aires, 28/6-1/7/1998.
Leys, Colin: «Monopolies and Globalization» en *Red Pepper* Nº 25, Londres, 6/1996.
Marx, Karl y Friedrich Engels: «Manifiesto del Partido Comunista» en Karl Marx y Friedrich Engels: *Obras escogidas en dos tomos*, Progreso, Moscú, 1966.
Ramonet, Ignacio: «Los nuevos amos del mundo» en *Pensamiento crítico vs. Pensamiento único*, Debate, Madrid, 1998.
Sachs, Jeffrey: «International Economics: Unlocking the Mysteries of Globalization» en *Foreign Policy* Nº 110, primavera 1998.
Soros, George: *The Crisis of Global Capitalism*, BBS, Public Affairs, Nueva York, 1998.
Thompson, Grahame: «'Globalización' and the Possibilities for Domestic Economic Policy» en *Internationale Politik und Gessellschaft* Nº 2, Bonn, 1997.
Unicef: *Poverty, Children and Policy: Responses for a Brighter Future*, Florencia, 1995.
Wallerstein, Immanuel: *The Politics of the World Economy. The States, the Movements and the Civilizations*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
Weiss, Linda: «Globalization and the Myth of the Powerless State» en *New Left Review* Nº 225, Londres, 9-10/1997.
Weiss, Linda: *The Myth of the Powerless State: Governing the Economy in the Global Era*, Polity Press, Cambridge, 1998.